

lecho real de España y desposar a una Borbón; y él mismo había de decir, hablando de un transitorio sucesor suyo, "que gastaba los dineros de una vieja" aludiendo a las temporales relaciones de aquél con la reina María Luisa.

### III.

#### COMO DESAPARECIO DON IGNACIO Y COMO APARECIO DON PABLO OBREGON

"Intimo amigo del virrey" (6) "su principal confidente" (7) tenía que estar a su lado y hasta ser la palanca que lo impulsara en la porfía de los criollos por alcanzar la separación de México y la independencia de la metrópoli.

Raro es que no se le haya puesto mano como a todos los conjurados de 1808. Don José Santos Bustillos (8) que condujo a la prisión al padre Talamantes la noche del 16 de septiembre, aseguró que el reo "preguntó qué personas estaban presas, a lo cual el declarante se excusó a responder; pero habiéndole contestado que no lo estaban los señores coronel

(6) Alamán, "Hist. de Méx.", T. I, Pág. 235.

(7) López Cancelada, "La Verdad Sabida, etc." Cádiz, 1811, Pág. XL.

(8) Declaración de don José Santos Bustillos en "Documentos Históricos Mexicanos", T. VII, págs. 156 y 157.

Obregón, marqueses de Uluapa, Guardiola y otros de que no se acuerda, respondió el reo: "Pues no hay cuidado".

Don Joaquín Trueba, (9) que también custodió a Talamantes "de la reclusión del Colegio de San Fernando a la cárcel del Arzobispado", aseguró que "habiéndole preguntado el Padre si se había puesto presos a los señores Obregón y Marqués de Guardiola, y respondídole el que declara que desde luego no, pues la mañana del propio día había visto al segundo en el Real Acuerdo; dijo el Padre: "Pues Obregón es uno de los que más se oponían a las intenciones del Real Acuerdo".

¿Qué fin tuvo Obregón y cómo escapó de morir, según es fama que murieron Verdad y Talamantes?

Don Jenaro García asegura, apoyándose en el dicho de un señor García Muñoz, jefe político de León por 1910, que el pobre minero tuvo un fin espantoso (10). Retirado a su casa solariega en las actuales calles de Pacheco y Progreso, "unos comisionados del gobierno lo decapitaron por orden de éste mismo".

Fin tan truculento parece que sólo es producto de la imaginación del señor Muñoz y de la facilidad con que el distinguido historiador aceptaba cuanto sirviera para desprestigiar a los antiguos dominadores.

Menos trágico Alamán, asienta: "el coronel Obregón se retiró a la provincia de Guanajuato, su patria, en donde falleció después". (11)

(9) Juan López Cancelada, "La Verdad Sabida y la Buena Fe Guardada", XI.

(10) Genaro García, "Leona Vicario", pág. 74.

(11) Alamán, Hist. de México, T. I, pág. 256.

Testigo calificadísimo por su odio a España, por escribir en los días de la revolución y por conocer y tratar a los deudos de Obregón, lo es el Padre Mier, (12), que escribe: "Con la misma y aun doble equivocación y malicia procede (Cancelada) quando dice: queden perdonados los demás satélites del Virey. Si quiere llamar satélites del Virey a todos los infelices Americanos, que sin procesos y tumultuariamente han sido enviados con cadenas a España baxo diferentes pretextos durante la tiranía y despotismo de los cómplices de Yermo, esos han sido incluídos en el olvido general, y puestos en libertad por orden de las Cortes, sin que nadie haya probado ni aun articulado que tenían complicación alguna con el Virrey. Como que la tenían en la supuesta alevosía del Virey sólo fueron presos en la época de su prisión los regidores Azcárate y Verdad, el P. Talamantes, el Canónigo de México Beristáin, el Abad de Guadalupe, el Auditor Cristo, el Capellán del Virey, su Secretario de Cartas Ortega, y dexaron por lástima, dice Cancelada, al Coronel Obregón, principal confidente del Virey.

"Comenzando por éste: ¿es creíble que por sólo amanecer fingiéndose perniquebrado y darles así lástima, dexaran impune y en libertad al principal confidente de un traydor? Serían tan delinquentes como él. Lo cierto es, que pasado el primer ímpetu del tumulto, el grito de desaprobación general contuvo a los aprehensores, y no se atrevieron a echar mano de ninguno, que por sus relaciones o dinero que tenía el

(12) Fray Servando de Teresa Mier, "Hist. de la Rev. de la Nva. España. Londres, 1813, págs. 234 y 235.

Coronel, pudiese jamás pararle perjuicio. El murió, sin embargo, de resultas de la pesadumbre que recibió con el atropellamiento del Virey, y de eso más tendrán que dar a Dios cuenta los facciosos."

Al insertar al fin del tomo el informe de don Octaviano Obregón sobre las picardías de Roblejo Lozano, cuenta no sólo las desdichas de don Ventura Obregón, que "salió inocente después de más de 414 días de prisión", sino las andanzas del botánico Lallave y del cacique don Pedro Patiño Ixtolinque. ¿Sería creíble que al saber atentado tan monstruoso como la muerte del mayor de los Obregones, callara la del íntimo de Iturrigaray, cuya causa defendía y, en cuyo favor había escrito todo un libro?

Don Ignacio Obregón debe de haber sido hombre de larga familia, conforme se acostumbraba en su tiempo.

Conocemos los nombres de algunos de sus hijos: don Pablo y don José, citados por Alamán; don Ventura y don Octaviano, que menciona el Padre Mier; don Juan, que sale a cuento en la correspondencia de don Pablo, y doña María de la Luz, cuyo retrato había pintado y guardaba en relicario de oro doña Leona Vicario.

De la vida y aventuras de don Pablo voy a ocuparme con cierta extensión.

Este joven, en unión de su hermano don José, había sentado plaza en las tropas realistas, y en 22 de mayo de 1811 intervino en la toma de Zitácuaro en la provincia de Michoacán.

Defendía la villa don Benedicto López y atacaba el feroz comandante español don Juan Bautista de la Torre, "hombre execrable que en su carrera desconocía la moral pública; hollaba los más sagrados derechos de los inocentes, talaba campos, estupraba doncellas inmaturas, quemaba pueblos, rancherías y trojes y todo lo marcaba con sangre y fuego." (13).

"En estas operaciones de guerra (14) en que un corto número de soldados se avanzaba en país enemigo contra una crecida reunión de contrarios, si el triunfo no era completo, la ruina era segura, y en una guerra sin cuartel como la que se hacía, no había revés que no implicase muerte y completa destrucción.

De la Torre, por caminos extraviados, había logrado salir hasta cerca de la hacienda de los Laureles. Obligado a retroceder, fué hecho prisionero por López, pero al pasar un punto fueron asaltados por los indios con tal cantidad de piedras, que su cadáver quedó cubierto bajo un montón de ellas. Fué deshecha toda la división, que se componía de unos setecientos hombres, y entre ellos los dos jóvenes Obregón, que fueron puestos en libertad no se sabe si por dinero o por relaciones de familia. (15).

En otra acción importante se halló don Pablo Obregón (16). El cuatro de marzo de 1815, el coronel don Agustín de Iturbide, segundo del brigadier don Ciriaco de Llano, atacó la fortaleza de Cópore, punto

(13) Bustamante, "Cuadro Histórico de la Revolución Mexicana", T. I, págs. 220-223.

(14) Alamán, Hist. de México, T. II, pág. 357.

(15) Alamán, *Ibid.* T. II, pág. 358.

(16) Alamán, *Ibid.* T. IV pág. 264.

inaccesible de la sierra de Michoacán, que defendían los jefes independientes don Ignacio y don Ramón Rayón, con ochocientos o mil hombres de tropa colecticia, aunque ya fogueada.

"Para conservar la religión santa, la paz en la patria y los derechos del soberano", Iturbide se hizo acompañar de quinientos infantes y doscientos caballos de tropa selecta (17); "Escogió la madrugada del día 4 entre las tres y las cuatro, para que, no obstante los inconvenientes que para tales operaciones causa la falta de luz, se pudiese fingir que se intentaba seriamente el ataque por el frente, y que los sitiados, creyendo que este era el verdadero, se distrajesen de resguardar el punto de la vereda, y recomendó que se mantuviese un vivo fuego sobre la plaza por las baterías de los sitiadores, luego se observase que lo había en el punto atacado. Los sitiados, por su parte, notando movimiento en el campo enemigo, estuvieron prevenidos y dispuestos para lo que ocurriese.

"Las columnas marcharon al asalto, no permitiendo lo pendiente y estrecho de la vereda más que un hombre de frente, y al rayar el día la primera, mandada por el capitán Filisola y compuesta de los granaderos y cazadores del fijo de México, había logrado acercarse sin ser sentida hasta diez o doce pasos del parapeto que defendía la entrada por aquel punto. Una casualidad dió la alarma a los sitiados: el capitán Filisola había dejado atado en su tienda, para

(17) Alamán, Hist. de México, T. IV, pág. 269.

que no lo siguiera, un perro que acostumbraba acompañarlo por todas partes; fuese que él mismo se soltó o que lo soltase el asistente, el perro fué en busca de su amo, y luego que lo vió empezó a ladrar y festejarlo; al ruido, el centinela que estaba en la trinchera dió el "¿quién vive?", los asaltantes sin contestar se echaron sobre el parapeto: el centinela hizo fuego; pusiéronse en defensa los que guardaban aquel punto: acudieron otros en su auxilio: el fuego se rompió e hizo general: la segunda columna que mandaba el capitán Pérez y que formaban los granaderos de la Corona y Nueva España, la primera compañía de Zamora y un piquete de Tlaxcala, llegó entonces en apoyo de la primera: pero después de inútiles esfuerzos, no pudiendo trepar sin escalas a una altura de más de seis varas que tenía el parapeto, formado por la naturaleza en las mismas peñas y perfeccionado por el arte, tuvieron ambas que retirarse con mucha pérdida: las demás secciones no entraron en acción."

#### IV.

El lance del perro lo comenta el historiador guajuatense en una nota: "Bustamante, para que no faltase algo de maravilloso, dice que avisó al centinela un perro "que jamás ladraba". El mismo Filisola, que ha fallecido en la epidemia del cólera morbus en 1850, siendo general de división de la república, me ha contado el hecho tal como lo he referido."

Por su parte, (18) Bustamante, al exponer los resultados de la acción, hace observar: "No es posible fijar la pérdida de Iturbide, pero sí puede asegurarse que pasó de cuatrocientos hombres, según lo indicaba el número de osamentas que después se recogieron, a las que hicieron funerales: la gente enemiga peleó con despecho, lo mismo que sus oficiales, entre los que se distinguieron, Filisola y Obregón (D.

(18) Bustamante, "Cuadro Histórico", T. III, pág. 133.

Pablo) que salieron heridos. Si hubieran pillado a éste, seguramente habría muerto fusilado; era un oficial perdonado en la batalla de Zitácuaro por Rayón, y juramentado de no volver a tomar las armas contra la causa de su patria.

¿Por qué el realista decidido y valiente, que sabe arriesgar su vida en defensa de la causa que abraza, no sólo se vuelve partidario de la independencia, cosa que hicieron muchos, sino que también se enemista con el jefe a cuyo lado había combatido?

Imposible determinarlo mediante los datos con que cuento. ¿Mediaron rencores y enemistades que quizás se desarrollaron durante el largo intervalo que medió entre 1815 y 1821? ¿Sufrió Obregón la influencia de las logias masónicas de los antiguos insurgentes, con quien había luchado, o la de los "chaquetas" a quien su padre tenía como enemigos?

El 24 de febrero de 1822, "el estrépito de la artillería y el festivo repique general de las campanas anunciaron a los habitantes de México, que en aquel día, en que se cumplía el año de la revolución en Iguala, iba a instalarse el congreso convocado en virtud del plan proclamado en aquel pueblo."

Todo era paz, todo alegría, todo concordia. El congreso que se había formado y que pecaba por nulo e ilegal, iba precedido por músicas y lucida escolta a prestar el juramento de defender y conservar la religión católica, apostólica, romana, guardar la independencia de la nación y formar la constitución

política del nuevo imperio, estableciendo la separación absoluta de los poderes.

De pie en el presbiterio los capitulares, la junta, regencia y demás autoridades, siguió la misa, terminada la cual se dirigieron al edificio de San Pedro y San Pablo destinado al efecto. Las calles estaban cubiertas con el toldo que se acostumbraba para los días de Corpus, adornados los balcones con colgaduras y llenas de un inmenso concurso.

Se proponía lo que aquí es corriente, esto es, que se declarasen días de fiesta nacional todos los que en aquellos tiempos estaban de moda; en declamar fruslerías y en dirigirse discursos bombásticos en que se alababan todos a porfía. Los individuos de la regencia daban las gracias a Iturbide "por haberlos hecho participantes de su gloria", "por haberlos llamado a representar la nación en el solio, a dar leyes a los pueblos y a recibir su obediencia".

Iturbide elogiaba a la Junta por su sabiduría, y el Presidente de ésta encontraba que "no sólo había excedido el Libertador cuanto había prometido en Iguala, sino las esperanzas más ardientes que hubieran podido concebirse".

No había entonces ningún partido que pudiera llamarse de oposición. Farías, Tagle, Fagoaga, insistían en demostrar su cariño al Jefe del Ejército Tripartite y en pedir se le señalara dotación para su persona, fondos para su casa, consideraciones y honores para los suyos.

En aquel intrincado ir y venir de discursos, sermo-

nes, procesiones, salvas, repiques, asueto general, asistencias, presencias y ceremonias en que se cambiaban los cumplidos más dulzarrones y zalameros que son característicos de esta tierra, se llegó a la inauguración del Congreso, que presidía don Hipólito Odoardo.

Y entonces acaeció un suceso que había de opacar tanto entusiasmo y que da la medida de lo que serían las relaciones entre el futuro Emperador y el cuerpo encargado de dictar las leyes sabias y justas que habían de regir a la nación. Sucedió, pues, que "Iturbide entrando en el congreso, sin estar instruído del ceremonial que éste acababa de acordar para recibir a la regencia y acostumbrado a ocupar el primer lugar en la junta, por la declaración que ésta había hecho de la precedencia de que debía disfrutar, hizo lo mismo en el congreso y tomó el sillón a la derecha del presidente de este cuerpo. Prudente hubiera sido esperar otra ocasión para enmendar el error que había podido cometerse, pero don Pablo Obregón, diputado por México, de una familia muy distinguida y de cuya carrera militar hemos tenido motivo de hablar, lleno de entusiasmo por el decoro de la representación nacional, reclamó el asiento debido a su presidente, e Iturbide, sufriendo en silencio el desaire que se le hacía de una manera tan ofensiva, lo desocupó y tomó el sillón de la izquierda. Túvose por hecho heroico el de Obregón, quien por esto algunos meses después fué nombrado coronel de la milicia cívica, cuyo empleo se confería por elección popu-

lar de los individuos que formaban los cuerpos. Iturbide prestó con los demás individuos de la regencia el juramento de reconocer la soberanía de la nación representada por el congreso y obedecer los decretos, leyes, órdenes y constitución que éste estableciese. Volvió entonces al palacio, y el congreso, antes de levantar la sesión, declaró la inviolabilidad de los diputados. Cada uno de los sucesos de este día, se anunció al público con salvas de artillería y repiques." (19).

Por su parte, Zavala también reprueba la inconsculta actitud de Obregón y se duele de los errores de los hombres nuevos. (20).

Tal vez el incauto Obregón sólo haya sido instrumento de los exaltados. (21) "Quizá se propuso en las logías escocesas echar abajo a Iturbide, y éste, que tenía espías en ellas, tuvo viento del proyecto. Yo mismo oí, en una de sus tenidas a que concurrí una sola vez, decir a un coronel en una discusión acalorada en que había más de cien concurrentes, que si faltaban puñales para librarse del tirano (este nombre se daba a Iturbide), ofrecía su brazo vengador a la patria. Semejantes baladronadas no tenían otro efecto que irritar a este jefe, que entonces era más oprimido que opresor. Sabía la existencia de las logias; no ignoraba lo que en ellas se trabajaba para desconceptuarlo; veía que aumentaban los prosélitos rápidamente, y no tenía la resolución suficiente para

(19) Zavala, "Revolución de la Nueva España", T. I, pág. 140.

(20) Zavala, Ob. Cit. T. I, pág. 141.

(21) Zavala, Ob. cit. T. I, págs. 139-140.

reprimirlas. Un hombre cuando tiene proyectos ambiciosos no debe ser débil en ningún paso. Pero ésta ha sido siempre la falta de los hombres medianos, y sin exceptuar al ilustre Bolívar, nuestros héroes Americanos (no hablo de los Estados Unidos del Norte) nunca han adoptado un sistema con constancia. Si Iturbide no se sentía con toda la energía que inspira a una alma orgullosa el sentimiento de su fuerza, ¿por qué no resignó todo mando, y se retiró a la vida privada? Pero le faltaba la resolución aun para este acto de desprendimiento: quería ser llamado el Washington Mexicano sin las grandes virtudes de este padre de la independencia Americana, y aspiraba a imitar a Napoleón sin siquiera un solo rasgo del carácter del héroe. Todo eran pequeñas intrigas en Palacio, círculos de gentes infatuadas con los gritos de la plebe, la guardia vestida de galones y esperanzas de cruces, el pueblo se ofendía de todo aquel aparato, que no era sostenido por actos de firmeza, ni correspondía a las promesas de libertad. Todo esto lo hacían los enemigos, y se aprovechaban de los errores de esos hombres nuevos que se sobreponían a sus conciudadanos insultando la pobreza pública con un lujo poco conveniente."

Lo cierto es que Obregón estaba en relaciones íntimas con Victoria, y que éste andaba metido en la empresa que nos cuenta Zavala, esto es, (22) un plan ridículo de monarquía cuyas principales bases eran

(22) Zavala, Ob. cit. T. I, pág. 150.

que el monarca fuese mexicano, que se casase con una india, cuyo nombre debía ser Malinche, aludiendo a la célebre Da. Marina de Hernán Cortés: que Iturbide le despreció y trató como un demente, y que éste fue el principio del odio de Victoria contra este gefe. Yo no doi asenso a esta anécdota, aunque me la han referido personas caracterizadas. Lo que no deja duda es que Victoria se presentó a Iturbide y que éste no le consideró capaz de ningún empleo de mucha representación. Quizá esta circunstancia ha contribuido mucho a la elevación de Victoria.